

¿Qué se siente morir?

Donny Arroyo



Capítulo 1

Envenenamiento

¿Que se siente morir? Se preguntó Santiago Rosas estando de pie frente a una mesa rústica de madera en medio de la habitación apenas iluminada.

Era la misma pregunta que se hacía a diario, pero esta vez la respuesta estaba justo bajo sus manos. Con una mano sostenía una botella medio llena de veneno, y con la otra, acariciaba en círculos la taza sucia que tenía sobre la mesa.

Se dispuso a abrir la botella, y aún dudando, comenzó a ponerla de canto para vaciar el veneno en la taza. Las manos le temblaban, era difícil hacer caer el chorro exactamente dentro de ella; algo de la bebida quedó derramada en la madera de la mesa, dejando rastro del acto que estaba por cometer el chico.

Levantó la taza llena de veneno. Ahora que lo pensaba, había sido bastante tonto al preguntarse lo mismo a diario, teniendo un millón de posibilidades a su alrededor para probarlo. Estar en esa iglesia encerrado era una tortura, no, en verdad era una tortura; el mismo ambiente hacía parecer que aquella iglesia en realidad era un convento lleno de salas de tortura. Había un desorden total en cada habitación, los desechos que más abundaban eran de trozos de madera, piedra, metal... En algunas salas se guardaban variedad de machetes y una que otra espada antigua de colección. Pero lo que había descubierto ese día era lo más importante: una sala llena de diversos frascos y botellas con contenidos totalmente fuera del tema de una iglesia, daba la sensación de que era una sala alquimista.

Santiago se había encontrado de inmediato con el veneno, y entre todos los escombros de la iglesia, esa bebida era la mejor forma de responder a su pregunta.

Se dio cuenta de que sólo se retrasaba a sí mismo envolviéndose en sus pensamientos, así que sin más, se armó de valor y llevó la taza a su boca; cerró los ojos y comenzó a beber rápidamente dejando pasar el veneno por su garganta evitando sentir el amargo sabor en su boca.

Cuando sintió que la taza había quedado vacía, la dejó caer al suelo provocando un eco en la habitación.

Se mantuvo inmóvil, esperando sentir algo con la bebida dentro de su organismo. Después de varios segundos el veneno tuvo efecto. Sintió un

frío terrible en su estómago, que se expandió a gran velocidad por el resto de órganos, y enseguida por las venas, haciendo que Santiago se paralizara. Después, el frío fue remplazado por un ardor terrible, como si alguien hubiese provocado una ola de fuego dentro de él. Mientras sintió los primeros síntomas, rezó por que fuese verdad la existencia de un dios, y que lo que estaba haciendo lo llevara a alguna parte.

La garganta se bloqueó por completo, sus venas se comprimieron y los músculos se tensaron, fue ahí donde Santiago cayó al suelo luchando por respirar y poder gritar para aclamar el terrible ardor que lo recorría. Su vista se nubló, un contorno negro comenzó a cubrir su vista, y Santiago cerró los ojos sintiendo como si aquel veneno fuese una bestia gigante que lo envolvía y lo devoraba hasta llevarlo a la oscuridad total de su muerte.

¿Que se siente morir? Se preguntó en los últimos segundos de existencia en el vacío. La respuesta es nada, al igual que la oscuridad, no es nada. Lástima que en su último aliento no sintió que hubiese un dios que lo llevara a un mejor lugar, sino que sintió que había desperdiciado por completo su vida y que acababa de cometer el peor error por una simple pregunta, ¿Qué se siente morir?

Capítulo 2

Daniel Castro, un hombre soltero encargado de dos niñas gemelas de siete años de edad; es un reconocido y adinerado que acostumbra viajar por el mundo malgastando su dinero... Aunque él no lo llamaría malgastar, pues lo disfruta muy bien.

En esta ocasión, decidió viajar junto con sus hijas rumbo a Europa; pero no era cualquier viaje, era un barco de lujo todo pagado para pasar días de fiesta y confort junto a otros cientos de ricachones.

Daniel memorizaba toda su vida mientras se recargaba en una mesa atractiva, tomando una copa de vino mientras apreciaba el ambiente del lugar: Algunos bailaban con un volumen de música ni alto, ni bajo, otros hablaban y reían en grupos, otros solo observaban desde sus asientos u otros puntos de la enorme sala, así como lo estaba haciendo Daniel. Sus hijas llegaron con gritos haciéndolo perder la concentración.

— ¡Papá! ¡Papá! —gritaron al mismo tiempo con sus idénticas voces.

— ¿Qué sucede? —Dejó la copa en la mesa de a un lado y les prestó atención con sus enormes ojos grises.

— ¿Podemos ir a la albercaaaa? —pusieron su mirada de tristeza.

Ambas ya estaban vestidas con un traje de baño colorido que cubría casi todo su torso, además de que ya llevaban una pelota y sus googles puestos en la cabeza, de esa forma Daniel no podía decirles que no, aunque daba un poco de miedo, pues la alberca era el lugar donde se estaba llevando a cabo la fiesta grande, descontrolada, y llena de alcohol, pero tal vez también habría otros niños divirtiéndose, así que aceptó—. Mmmm... Claro, si... Pero tengan cuidado niñas.

— ¡SIIIIIII! —Ambas salieron corriendo hacia la alberca. Daniel volvió a tomar su copa, y continuó observando a la ola de gente socializando, esperando a que sucediera algo interesante.

Las pequeñas gemelas llegaron a la zona de la piscina gritando de alegría mientras se adentraban en la multitud de gente en baño tomando bailando y riendo al ritmo de la música electrónica de fondo en medio de la noche.

Comenzó la diversión, las pequeñas se lanzaron a la alberca y comenzaron a jugar con su pelota mientras se revolcaban en el agua. Así se mantuvieron un rato, hasta que la pelota salió volando fuera de la alberca y tuvieron que salir a soportar el frío para alcanzarla. Una de ellas, Lisa, la más madura de las dos, corrió hacia la pelota, siguiéndola hacia los barandales que limitaban la terraza del barco, y justo cuando la pelota rodaba para atravesar el barandal y caer directo al mar, Lisa la atrapó tropezándose, pero logró agarrarse firmemente del barandal sosteniendo la pelota mientras un pie ya se encontraba colgando en el exterior, apuntando hacia las escandalosas aguas. Su hermana llegó corriendo con una cara de susto—. ¡Lisa! ¡No!

—Tranquila, Lisa comenzó a ponerse de pie—, ¿Ves? No pasó nada... —su pie se atoró con un clavo plegado al suelo, y la pequeña Lisa azotó contra la madera dejando ir la pelota; Alice, su hermana, vio como Lisa resbalaba fuera del barco, y la vio caer con un estremecedor grito hasta que escuchó como su cuerpo impactaba contra el agua y la pelota se detenía a los pies de Alice, que se encontraba paralizada.

Daniel dejó la copa vacía en la misma mesa; estaba a punto de servirse otro trago, pero algo lo estaba poniendo inquieto, ya no se sentía seguro, una presión en su pecho le hacía sentir que algo andaba mal. Tal vez ya había sido suficiente alcohol y fiesta, así que decidió irse a su habitación junto a las niñas. Caminó al exterior de la sala elegante, intentando guiarse entre la multitud hasta encontrar la puerta que llevaba a la piscina. Accedió a la terraza, donde la gente ya no bailaba ni reía, todos tenían una cara de espanto y algunos corrían hacia los barandales. Definitivamente algo iba mal. En ese momento, el tiempo continuo de Daniel cambió, todo se volvió más lento, todo marchaba a un paso más lento, y un molesto zumbido sacudió su cabeza. Se acercó lentamente hacia donde todos miraban asomándose fuera del barco; quitó sin importancia persona por persona, temiendo que algo malo sucediese y le destrozara el alma. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, vio allí, paralizada, a su hija Alice, toda pálida y con la mirada llorosa y fija hacia la marea. Eso prendió su instinto por completo; Daniel corrió hacia el barandal y se asomó. Vio a Lisa revolcándose en el agua, gritando por ayuda, esforzándose por luchar contra las olas y no ser llevada al fondo del mar. Daniel reaccionó sin pensarlo, no podía permitirse ver como la vida de su hija se desvanecía lentamente frente a sus ojos; sin importarle nada, se sostuvo firmemente de los barandales, se subió encima de ellos, y se arrojó al agua. No sintió la adrenalina de la caída, solo se vio cuando cayó revolcándose en el agua; no se detuvo, luchó por mantenerse flotando y buscó a su hija entre la corriente, hasta que encontró sus piernas moviéndose desesperadamente debajo del agua; se acercó, la abrazó por completo, y se encontró con su rostro lleno de miedo y desesperación. Ya la tenía, ya estaban juntos, ya se sentían seguros; pero fue en ese momento cuando se preguntó ¿Cómo regresamos? Vio arriba, al barco, donde todos continuaban observando la escena sin poder hacer

nada para ayudarlos.

Tal vez solo habría que esperar a que alguien encargado del barco fuera a salvarlos y llevarlos de vuelta, pero no... No daría tiempo para eso, no aguantarían, ninguno de los dos podía mantenerse flotando adecuadamente, sentían como serían devorados por el mar.

Supo que era el fin, que ya no tendría oportunidad para nada más, así que evitando arrepentirse, vio fijamente a su hija mientras comenzaban a hundirse poco a poco tragándose el agua salada—. Lisa... —Ella prestó atención lloriqueando—, te quiero...

Ambos cayeron, comenzaron a hundirse en la oscuridad del agua mientras se movían sin control, comenzando a ahogarse en el agua mientras pasaba por su garganta sin poder evitarlo; los intentos de respiración se notaban en las burbujas que salían de sus bocas tras cada bocazo de agua. Daniel soltó a Lisa, ya no podía hacer nada, se dejó llevar mientras la veía perder sus fuerzas y alejarse. Sintió como el agua llenaba sus pulmones y se atoraba en su garganta haciéndolo sentir un gran bulto que le causaba dolor; ya no pudo respirar, se llenó de desesperación mientras se creaba una gran presión en su cabeza; apareció un mareo que lo confundió viendo como el agua se movía aún peor. El barco desaparecía en el exterior, y él se hundía en la oscuridad, cerrando sus ojos lentamente rindiéndose ante la desesperación y la presión que parecía cubrir todo su cuerpo. Antes de cerrar los ojos por completo, deseó haberse ahogado también junto a Alice, para decirle cuanto la quería...

Capítulo 3

Suicidio (Caída)

Jack, aquel día, había decidido acabar con la aburrida rutina de siempre. Al despertar, ya no se puso sus sandalias, ya no fue al baño a asearse sin importancia mientras veía su demacrado rostro, su rubio pelo corto y su cuerpo lleno de imperfecciones, ya no escogió el set de ropa del día, ya no contempló su pequeño y desordenado departamento cinco minutos antes de salir hacia la universidad; esta vez, simplemente salió de la cama en pijama, salió sin más del departamento y recorrió los pasillos del edificio hasta llegar a la azotea.

Una vez estando en lo más alto, se puso a la orilla, disfrutando un poco del fresco viento de la mañana mientras los rayos del Sol apenas calentaban. Vio abajo, hacia la calle, que estaba al menos a unos treinta metros abajo. Los coches casi no circulaban por ahí, apenas había gente caminando, así que lo único que destacaba eran decenas de coches estacionados a orillas de las banquetas. Comenzó a sentir el vértigo, imaginándose la caída que estaba por cometer.

Siempre tuvo curiosidad en saber lo que se siente morir, y ahora que su vida estaba por los suelos, sin objetivos, sin metas, y sin apoyo, era el mejor momento para salir de dudas y probarlo por sí mismo.

Comenzó a temblar, sabiendo lo que estaba a punto de cometer. Era como si un frío constante intentara paralizarlo y detener su barbaridad, pero ya no había vuelta atrás. La gente en la calle comenzaba a notar sus intenciones. Una que otra persona comenzaba a elevar su cara contemplando a Jack, comenzando a gritar. Todos poniendo sus caras perplejas y asustadas. Definitivamente no podía retractarse, no iba a quitarse de la orilla; debía valer la pena pues no iba a quedar en ridículo.

Estiró los brazos y se posicionó, cerró los ojos, respiró profundamente y suspiró poniendo, notando que no podía alejar el miedo, que quería retractarse. Lo mejor fue poner su mente en blanco. Olvidándose de todo y haciéndolo sin pensar. Mientras se preparaba, también tenía cierta esperanza de que alguien lo ayudara, que se preocuparan por él, que lo salvaran, pero no sucedía, nadie iba a llegar, y no estaba dispuesto a esperar una ayuda que jamás llegaría, así que se dejó caer.

Su caída fue muy lenta para su percepción. En un instinto de protegerse, su posición cambió y se dejó caer de espaldas mientras se retorció luchando fracasadamente contra la gravedad. Sintió como el viento se impactaba contra su espalda plegando su ropa, el aire se fue de sus

pulmones, y la adrenalina lo llenó en segundos, acelerando su corazón y permitiéndole alejar sus emociones, hasta que se impactó con el techo de una camioneta. Todo su cuerpo se agitó en el golpe. Apenas tuvo unos segundos para sentir como si su cuerpo se comprimiera y quedara destrozado, como siendo aplastado por un enorme bunker. Escuchó un momento los gritos de las personas desvaneciéndose a su alrededor, y enseguida, dejó su aburrida vida.